

La villa y el barrio. Perspectivas infantiles sobre el proceso de urbanización de la villa 31, Ciudad de Buenos Aires

Hebe Ailén Montenegro

Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, UBA / CONICET  

<https://dx.doi.org/10.5209/soci.94671>

Recibido: 20 de febrero de 2024 / Aceptado: 23 de abril de 2024 / Publicado: 27 de junio de 2024

Resumen. Las villas y barrios populares son de presencia cotidiana en casi todas las ciudades latinoamericanas. Si bien durante casi todo el siglo XX la política hacia estos barrios autoproducidos fue la erradicación, en los últimos años ha habido un viraje hacia la integración, plasmado en múltiples procesos de urbanización. En la villa 31 de la Ciudad de Buenos Aires, el gobierno de turno viene llevando adelante una serie de intervenciones territoriales que han modificado el paisaje y las dinámicas del barrio. Estas transformaciones tienen efectos en las vidas cotidianas de todos los y las habitantes, incluidos los y las niños, niñas y adolescentes. En este artículo nos proponemos analizar dichos efectos. Partimos de la metodología etnográfica, por lo que este trabajo está sustentado en un trabajo de campo de larga duración con diferentes adolescentes que viven en el barrio. Entre las principales conclusiones sostenemos que los adolescentes establecen una diferencia entre lo que perciben como villa y lo que perciben como barrio en relación con su capacidad de apropiarse de dichos territorios, pero que esa capacidad se encuentra también condicionada por el género.

Palabras clave: Espacio urbano, proceso de urbanización, experiencia urbana infantil

PT O villa e o bairro. Perspectivas das crianças sobre o processo de urbanização da villa 31, Cidade de Buenos Aires.

Resumo. Villas e favelas estão presentes diariamente em quase todas as cidades latino-americanas. Embora durante quase todo o século XX a política para estes bairros autoproduzidos tenha sido a erradicação, nos últimos anos tem havido uma mudança no sentido da integração, refletida em múltiplos processos de urbanização. No *villa 31* da Cidade de Buenos Aires, o governo vem realizando uma série de intervenções territoriais que modificaram a paisagem e a dinâmica do bairro. Essas transformações repercutem no cotidiano de todos os habitantes, inclusive crianças e adolescentes. Neste artigo propomos analisar esses efeitos. Partimos da metodologia etnográfica, portanto este trabalho é apoiado em trabalho de campo de longa duração com diferentes adolescentes que moram no bairro. Entre as principais conclusões sustentamos que os adolescentes estabelecem uma diferença entre o que percebem como *a villa* e o que percebem como *o bairro* em relação à sua capacidade de apropriação desses territórios, mas que essa capacidade também está condicionada pelo gênero.

Palavras chave: Espaço urbano, processo de urbanização, experiência urbana infantil

ENG The villa and the neighborhood. Childrens perspectives on the urbanization process of the villa 31, City of Buenos Aires.

Abstract. Villas and slums are present in almost every city in Latin America. Even though during most of the XX century the policy towards these neighborhoods has been their eradication, in the last years there has been a turn toward integration, reflected in many urbanization processes. In the *villa 31* of the City of Buenos Aires, de government has been implementing a series of territorial interventions that have modified the landscape and also de neighborhood dynamics. These transformations have effects in the daily life of all its inhabitants, including children and young people. In this article we aim to analyze said effects. We stand on the ethnographic perspective and have been doing field work with different children in the neighborhood.

Among the conclusions we have found that the teenagers establish a difference between what they perceive as *villa* and what they perceive as *barrio*, related to their ability apprehend those territories, which is also conditioned by gender.

Keywords: urban space, urbanization process, children's urban's experience

Sumario: 1. Introducción 2. Perspectivas teórico-metodológicas. 3. La 31 y los adolescentes. 4. La villa contra el barrio y los afectos villeros. 5. Conclusiones. 6. Referencias bibliográficas

Cómo citar: Montenegro, H. A. (2024). La villa y el barrio. Perspectivas infantiles sobre el proceso de urbanización de la villa 31, Ciudad de Buenos Aires. *Sociedad e Infancias*, 8(1), 77-101 <https://dx.doi.org/10.5209/soci.94671>

1. Introducción

En *Política Cultural de las Emociones*, Sara Ahmed escribe: “el asombro es un encuentro con un objeto que no reconocemos, o el asombro funciona para transformar lo ordinario, que ya se reconoce, en extraordinario” (Ahmed, 2004: 272). Las villas –o favelas, cantegriles, shantytowns, slums– producen, en algún punto, una suerte de asombro urbano para quien, quizás inadvertidamente, tropieza con ellas al transitar por la ciudad. Las villas irrumpen en la cuadrícula de calles y veredas transformando lo ordinario en extraordinario y le ponen un signo de pregunta a las formas naturalizadas de la urbanidad. Al caminar por una villa hay muchas cosas que rompen con el paisaje urbano: los cables colgando de un lado al otro, los pasillos estrechos, la falta de veredas, las viviendas con ladrillo y cemento a la vista. Y quizás, a algunos, lo que les llame la atención sea la cantidad de niños y niñas, de muchas edades, solos en la calle, caminando, corriendo, o jugando entre sí.

La presencia de villas en la Ciudad de Buenos Aires (Argentina) es moneda corriente desde finales del siglo XIX y principios del XX. Si bien es a partir de mediados del siglo XX que se tematizan como tales, tanto desde el Estado como por sus propios pobladores, y es en ese momento que comienza con más fuerza la lucha por vivienda digna –que continua hasta el día de hoy–, ya desde finales del XIX es posible encontrar asentamientos o conjuntos de casas marcados por la ocupación de un terreno para vivir y la precariedad de esas condiciones de vida (Snitcofsky, 2018). Desde los “barrios de lata” de aquellos tiempos hasta los “barrios populares” de hoy día han pasado más de 100 años, con lo cual podemos casi afirmar que la Ciudad de Buenos Aires ha crecido junto con ellas, o alrededor de, o –incluso– gracias a ellas.

Casi la mitad de la población de las villas porteñas son niños, niñas y adolescentes, número que, si bien no llega a ser una inversión de lo que ocurre en el resto de la ciudad, donde la población está marcadamente envejecida, sí es una suerte de hiato en la pirámide poblacional porteña. Si sostenemos que existen formales plurales de ser y concebir a la niñez que entran permanentemente en tensión entre sí y sobre todo con los modos hegemónicos de narrar la infancia (Szulc, 2006) la infancia villera es, sin dudas, una forma de la niñez y adolescencia que es necesario mirar. Vivir en una villa no es únicamente una forma de la pobreza, si no que es una configuración especial de lo urbano, diferente a lo que ocurre en la llamada “ciudad formal”. Ser niño o niña y vivir en una villa es una forma particular de atravesar la experiencia infantil, y también es una forma particular de atravesar la experiencia urbana.

Desde el 2019 investigo con niños, niñas y adolescentes que viven en la villa 31, en el barrio de Retiro, en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina, en el marco de investigación doctoral en Ciencias Antropológicas, la cual gira en torno a los modos en los que la población infantil participa de la producción de la ciudad. En ese marco, en este trabajo de propongo analizar las perspectivas y sentidos que los niños producen en torno al proceso de urbanización que la villa viene atravesando desde hace varios años, con una fuerte intervención estatal en el territorio. Mucho se ha escrito acerca del proceso de urbanización en la villa 31, tanto como proceso político y participativo (Ons, 2018, Capalbo, 2023, Diaz y L’Huillier, 2023), pero hasta ahora, los modos en los que esas transformaciones territoriales impactan en las vidas cotidianas de los niños, niñas y adolescentes¹ que viven en el barrio han quedado vacantes en los estudios sociales. Abordaremos entonces dicho proceso, no sólo en tanto social y político, sino también, como proceso afectivo.

2. Perspectivas teórico-metodológicas

El presente trabajo parte de la premisa de que los niños y niñas son sujetos sociales y políticos, plenamente insertos en sus contextos y activos partícipes de la realidad en la que viven, con capacidad de producir sentidos y conocimientos acerca de la misma (Shabel, 2018; García Palacios, 2012; Szulc, 2007). A su vez, también consideramos que son sujetos epistémicos, cuyos conocimientos y saberes acerca del mundo son válidos para la investigación social (García Palacios y Hetch, 2009). En este sentido, este trabajo se inserta en una larga línea de investigaciones que se preocupan por comprender y analizar esas formas infantiles de ser y estar en el mundo, desde una perspectiva que intenta problematizar el adultocentrismo imperante no sólo en la sociedad si no también en la forma de producir conocimiento científico. De este modo, la experiencia

1 Nos referimos a niños, niñas y adolescentes ya que, si bien según la CIDN es niño toda persona menor de 18 años, como desarrollaremos más adelante, el grupo con el que trabajamos tiene entre 12 y 18 años, por lo que está compuesto por tanto niños como adolescentes. Cuando hablamos de “niños” o “niñez” nos estamos refiriendo a aquellas personas menores de 18 años, incluyendo también a los y las adolescentes.

urbana infantil constituye una forma válida de abordar lo urbano, si bien los niños y niñas no suelen ser considerados sujetos con la capacidad de producir urbanidad o receptores de las políticas urbanas. Los niños y niñas han sido históricamente separados de los espacios públicos y recluidos en lo doméstico (Freidenraij, 2020), con la excepción de espacios específicos diseñados para ellos como plazas o parques, asociados a la recreación y al juego. Por fuera de ello, la ciudad es presentada como peligrosa para la infancia. Sin embargo, los niños y niñas circulan, habitan y disputan la ciudad al igual que lo hacen los adultos. Para abordar los vínculos entre niñez y ciudad nos valemos del método etnográfico, en sus tres dimensiones: como método de trabajo, como perspectiva teórica y como texto (Guber, 2019).

2.1. Etnografía y niñez

Este trabajo se enmarca en mi investigación doctoral con adolescentes que viven en la villa 31 y los modos en los que habitan el espacio urbano, participando del mundo político del barrio. El análisis que intentaremos en las siguientes páginas, entonces, se construye a partir del trabajo de campo etnográfico realizado con ellos, con los intercambios y diálogos rescatados de mis idas al barrio y mis días paseando y compartiendo con ellos.

Partimos del método etnográfico como perspectiva teórica y metodológica para abordar el estudio de la realidad social, ya que permite conocer la densidad de las prácticas sociales, los sentidos y relaciones que los sujetos establecen en el territorio, dado que propone una mirada de la vida cotidiana, al ras del suelo (Rockwell, 2009). En este sentido, la mirada etnográfica sostiene que es en la vida cotidiana, en las acciones diarias de los sujetos, que estos crean, recrean y disputan el mundo en el que viven. Algo de esto propone De Certeau en *La invención de lo cotidiano* (1980) cuando plantea una diferencia fundamental entre mirar la ciudad desde arriba o desde sus bases, observar el mundo desde una mirada totalizante, que todo pretende verlo (y que claro, nunca podrá) o bajar al ras del piso y desde allí, ocupando un lugar en el mundo, ocupando espacio, oliendo, escuchando, sintiendo, tratar de comprender algo de la realidad. Es desde ese transcurrir cotidiano que las personas transforman los espacios en lugares, les otorgan sentido, para sí y para otros. La etnografía, entonces, con su insistencia en observar el ocurrir de la vida, de encontrar acción allí donde parece no estar pasando nada (Fernández Álvarez, Gaztañaga y Quirós, 2017) tiene la potencia de construir conocimiento científico a partir del día a día de las personas de pie. En este sentido, una dimensión fundamental de la etnografía está atada a compartir tiempo y espacio con los sujetos, pasar tiempos juntos.

La etnografía, en definitiva, se pregunta por el sentido que le dan los sujetos a sus prácticas, sus relaciones, y a su mundo entero, es por eso que implica un esfuerzo por captar las perspectivas locales y construir una integración dinámica con aquellas categorías teóricas que elegimos para pensar la realidad social (Balbi, 2012). Los datos expuestos en este trabajo fueron recabados en la realización de trabajo de campo prolongado –que continúa hasta el día de hoy–, entrevistas formales y charlas informales con los niños y niñas del barrio. Esto no quiere decir que esta sea una etnografía sólo sobre ellos y ellas, ya que hablar de niñez siempre es hablar también de todas las otras edades de la vida, puesto que los niños y las niñas comparten el mundo con los adultos, aunque no en pie de igualdad (Szulc, 2019).

2.2. Niñez, afectos y espacio

La producción teórica que se pregunta por el lugar de la infancia en el espacio no es escasa y tiene varios años de vida, particularmente de la mano de las geografías infantiles (childrens geographies) y los nuevos estudios sociales de la niñez (new social studies of childhood), de mucho arraigo en Estados Unidos e Inglaterra, pero también en otras latitudes (Holloway y Valentine, 2000; Carrión y Vainstoc, 1987; Gülgönen y Corona, 2016). Sin embargo, aún queda mucho por decir acerca de las formas que adquiere el lugar de los niños (y adolescentes) en las configuraciones urbanas latinoamericanas, cuyas ciudades son, en origen, hijas de la desigualdad y la colonialidad, y han crecido acompañadas por profundas injusticias espaciales. Para ello, retomamos los aportes tanto de los estudios sociales de la niñez como de los estudios de los procesos urbanos. A su vez, también tomamos prestadas categorías de los estudios de los afectos y las emociones, para pensar la relación de los adolescentes con el territorio que habitan.

La niñez es una categoría social producida geográfica e históricamente, y en este sentido sus sentidos son disputados permanentemente por múltiples actores, entre ellos, los niños y niñas. El problema es que con el devenir de la modernidad y de la conformación del mundo como lo conocemos hoy, a la infancia se la consideró un estadio transicional hacia la adultez, personas en formación, a quienes había que ante todo cuidar y guiar para su buen desarrollo. Así, se la separó del mundo público y encerró en el mundo privado (junto con las mujeres) y, bajo esta noción de que es una etapa de la vida que requiere protección, se les impidieron muchas prácticas, sobre todo, la práctica política. En Argentina, por ejemplo, a principios de siglo XX hubo una fuerte política de separación de la infancia del espacio público e ingreso a instituciones educativas o tutelares, como el patronato de la infancia, para los niños peligrosos o en peligro (Freidenraij, 2020).

Las ciudades y fenómenos urbanos han sido objeto de indagación teórica desde al menos principios de siglo XX, y desde la antropología se vienen realizando valiosos aportes vinculados a las experiencias urbanas de las personas, entendidas como “los modos de ver, hacer y sentir (la ciudad y la vida en la ciudad) por parte de actores situados social y espacialmente, por el modo en que en sus vidas cotidianas se vinculan lo articulado y lo vivido” (Segura, 2015:26). De este modo, existe una gran producción que intenta dar cuenta de una fenomenología de lo urbano, de las prácticas cotidianas de las personas y las formas en las que los diversos sujetos habitan y viven la ciudad (Laborde, 2021).

Por otra parte, tanto la antropología como la sociología se interesaron por las experiencias de desigualdad urbana que existen –y van en aumento– en las ciudades contemporáneas: producción social del hábitat, villas de emergencia, núcleos habitacionales transitorios, y diferentes articulaciones entre sujetos y acceso a la vivienda, dando cuenta de los modos en los que las personas, colectivos y organizaciones se mueven en función de garantizarse un techo. Intercambiando con los estudios de ciudadanía y participación política, muchos de estas reflexiones muestran las formas en las que los sujetos, al producir ciudad, también producen ciudadanía (y viceversa) (Thomasz y Girola, 2016; Garibotti, Girola y Boroccioni, 2017).

Nos valemos, también, de los aportes del llamado giro afectivo (Macón, 2013) que vino a romper con la separación existente entre lo público, lo político y lo afectivo, planteando que los procesos políticos son también procesos afectivos, que movilizan y se movilizan desde las emociones que producen en los sujetos. Por otra parte, recuperamos a Lindón (2015) y Aubán Borrel (2021) quienes vienen pensando específicamente la vinculación entre afectos, espacio y sujetos. Siguiendo a Aubán Borrel (2017), reflexionar en torno a „aquello que se oculta cuando pronunciamos la palabra casa, la palabra vivienda; aquello que se oculta al decir hogar, barrio, calle o periferia“. De este modo, sostenemos junto con Lefebvre (2013) que las ciudades no están sólo hechas de cemento y ladrillo, sino también de prácticas, imaginarios y emociones que aquellos sujetos que las habitan.

3. La 31 y los adolescentes

Como todas las semanas, para llegar a la villa 31 salgo de mi casa en un barrio típico de clase media de la ciudad de Buenos Aires, casi en el centro geográfico de la ciudad, me tomo el colectivo y viajo casi una hora hasta Retiro. Me bajo en la última parada de la línea, donde nos bajamos sólo quienes vamos hacia la villa, y cruzo la Avenida Ramos Mejía, que siempre es un río de colectivos que van y vienen. Hay 3 entradas al barrio, casi una al lado de la otra. Elijo siempre la entrada nueva, *camino nuevo*, como le dicen los adolescentes, y camino el equivalente a 15 cuadras, aproximadamente, hasta llegar al local de la organización social que ya es el punto de encuentro de referencia con los adolescentes. Las primeras cuadras, por *camino nuevo*, tienen algunos locales, panadería, lugares que venden ropa, kioscos, de un lado, y del otro, unas rejas que separan esa calle de la terminal de Omnibus, donde se pueden ver entrar y salir micros. Llego al final de *camino nuevo*, que es también el final de la terminal, hago una curva, primero a la derecha y después a la izquierda, para caminar por la calle Alpaca, todo derecho hasta llegar, cruzando *el Puente*, que es la autopista Illia que cruza por encima de la 31 y la parte en dos mitades. Alpaca es una explosión de todo: personas caminando de un lado al otro, motos, perros, autos, parrillas en la calle de las que salen olores espectaculares, locales (de ropa, de artículos de librería, de limpieza), verdulerías, música fuerte que sale de los restaurantes. Mirando hacia arriba, cables que cruzan de un lado al otro de las casas, escaleras caracol que suben espiraladas y permiten llegar a diferentes pisos de las viviendas. Los transeúntes van pegaditos a las casas, y por el medio van los autos, que son pocos y van despacio, esquivando a las personas que se cruzan, y a las motos y bicis que también ocupan el mismo espacio.

Registro de campo, noviembre 2023.

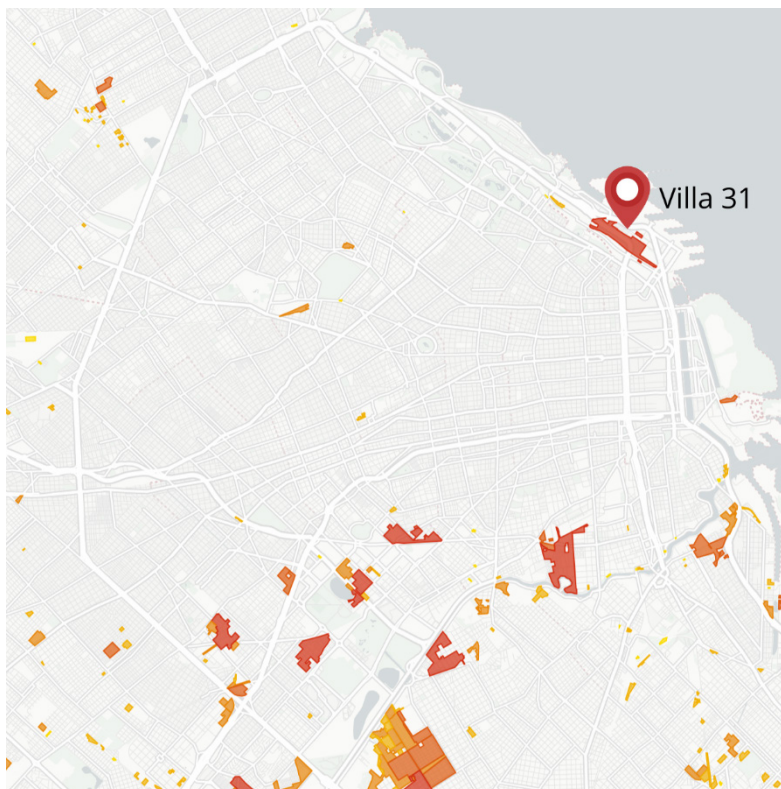
La villa 31, o barrio Padre Mugica, es uno de los 49 *barrios populares* que, según el RENABAP², se emplazan en la trama porteña. La gran mayoría de ellos se encuentran en la zona sur de la ciudad, marcadamente desigual en comparación con la zona norte de la misma. Pero la 31, como la llaman sus habitantes, cuenta con la particularidad de que es una de las pocas villas que están en la zona norte, junto con el Playón de Chacarita y la Rodrigo Bueno, otras dos villas de la ciudad. Así, ocupa un terreno cuyo valor es uno de los más elevados de todo el suelo porteño. Se encuentra en el barrio de Retiro, cercana a tres terminales ferroviarias cuyas líneas viajan hacia diferentes zonas de la ciudad y del conurbano. Además, también comparte territorio con la terminal de Omnibus de Retiro, una de las dos terminales de transporte de pasajeros de larga distancia que tiene la ciudad. Se encuentra a pocas cuadras de Catalinas Norte, un complejo compuesto por nueve torres donde funcionan diferentes empresas multinacionales y hoteles de lujo. La 31 se expande hacia el noroeste acompañada por las vías de tren en uno de sus lados y por el Río de la Plata en el otro, y se choca con Recoleta, uno de los barrios más turísticos y caros de la ciudad. Casi acorralada entre esos dos márgenes, pero sin parar de crecer, la villa 31 está en permanente transformación, siempre en obra, nunca terminada.

Además de su particular ubicación, la 31 también es una de las villas más antiguas de la ciudad de Buenos Aires. Si bien su población fue variando y no es posible encontrar una línea de continuidad en torno a las personas que la habitaron históricamente, su locación aparece tan temprano como 1930, bajo el nombre de Villa Desocupación (Snitcofsky, 2018). En aquel entonces, la emergencia de estos barrios precarios fue consecuencia de diversos fenómenos: la industrialización que atrajo migraciones internas del interior del país hacia la ciudad, haciendo que los trabajadores se asentaran en donde hubiera lugar, la crisis económica internacional (la Gran Depresión) que golpeó también en estas latitudes, sumado a muchos inmigrantes europeos que habían llegado años antes y luego se quedaron sin trabajo. Villa Desocupación fue desalojada

2 Registro Nacional de Barrios Populares. El mismo define a los barrios populares como “barrios vulnerables en los que viven al menos 8 familias agrupadas o contiguas, donde más de la mitad de la población no cuenta con título de propiedad del suelo ni acceso regular a dos, o más, de los servicios básicos (red de agua corriente, red de energía eléctrica con medidor domiciliario y/o red cloacal).”.

a finales de la década del 30', pero de allí en adelante, esos terrenos fueron el sostén casas precarias auto-construidas por quienes buscaban un techo para vivir.

Figura 1. Villas de la Ciudad de Buenos Aires y parte del AMBA, señalizada la Villa 31. Fuente: mapa.poblaciones.org



La villa 31, como se la conoce hoy en día, junto muchas otras, aparece entre las décadas de 1950 y 1960. Las villas y sus pobladores han sido históricamente objeto de estigma por parte del resto de los habitantes de la ciudad, y durante el siglo XX hubo varios intentos de erradicación de estos barrios por parte de los gobiernos nacionales y municipales –es decir, borrarlos del mapa y trasladar a sus habitantes a otro lado–. Algunos con más éxito que otros (antes de la última dictadura militar había muchas villas en la zona norte de la Ciudad, de las que hoy en día sobreviven muy pocas), y algunos más violentos que otros (durante la dictadura cívico militar, del 1976 a 1983 los desalojos fueron llevados adelante con topadoras, con el ejército, trasladando a la gente en contra de su voluntad hacia otras zonas, muchas de ellas en la provincia de Buenos Aires).

Sin embargo, hacia finales del siglo XX y principios del XXI hubo un viraje en la política, de la mano con la vuelta de la democracia en nuestro país y también una modificación en los estándares internacionales respecto de cómo abordar la situación de las villas (Capalbo, 2023). Esto implicó el lanzamiento de iniciativas para la integración urbana de esos barrios, mejoramiento de la infraestructura –tanto de las casas como de los servicios como gas, agua, tendido eléctrico– y regulación y formalización de la situación habitacional de quienes allí viven. Los llamados “procesos de urbanización”, comenzaron a llevarse adelante en la Ciudad de Buenos Aires a partir del año 2016, en cuatro villas de la ciudad: la villa 31, en el barrio de Retiro, la villa 20, en Lugano, la Rodrigo Bueno en Puerto Madero y el Playón de Fraga, en Colegiales. Atravesados por múltiples tensiones y complejidades, no se están dando de la misma manera, derivando en que cada uno sus particularidades. En todas las villas excepto en la 31 los procesos están regidos por el Instituto de la Vivienda de la Ciudad, pero en esta última, se creó un organismo autárquico, dependiente directamente del poder ejecutivo de la ciudad, para llevar adelante las intervenciones, llamado Secretaría de Integración Social y Urbana (aunque hoy lleva el nombre de Unidad de Proyectos Especiales).

Hoy en día en la villa 31 viven más de 40000 personas a lo largo de 72km cuadrados, de las que aproximadamente un 36% (UCA y defensoría del pueblo) son menores de 18 años. Los niños con quienes vengo trabajando viven todos en la villa, y tienen entre 12 y 18 años. Son 15 niños (y adolescentes) aproximadamente, y hay igual cantidad de varones que de chicas, bien distribuidos etariamente. Mi acercamiento a ellos se dio a partir de mi participación en una organización social que trabaja con niños del barrio, a la que todos ellos asistían. Al ser la organización lo que los nuclea, hay muchas cosas que no comparten: sector de la villa en el que viven, escuela a la que asisten, prácticas, recorridos, actividades y relaciones en el barrio. Algunos son amigos entre sí, y otros no, otros son familia entre sí, otros no. Es un grupo heterogéneo en su interior, todo lo que comparten entre ellos es que viven en el barrio y asisten a las actividades de la misma organización social.

Hay dos grupos al interior de ese gran grupo de adolescentes, *los chicos de la canchita* y *los chicos del pasillo*. Los chicos de la canchita vivían, hasta 2023, alrededor de una cancha de fútbol (de allí el nombre,

que no les puse yo, sino que son así conocidos en el barrio). Todos nietos de la misma abuela, pero de distintas madres y padres, sus familias llegaron a la villa entre el 2000 y 2003, y se instalaron en el barrio. Los chicos del pasillo viven todos en un pasillo del barrio. Ellos no son conocidos por ser *los chicos del pasillo*, pero el nombre surge de una conversación con uno de ellos, quien me dijo una vez: “si los otros chicos son de la canchita... bueno, nosotros somos los chicos del pasillo”. A ellos se les suelen sumar Ramona y Cecilia, que, si bien no viven en el pasillo, son amigas y siempre vienen cuando me encuentro con ellas. Además de esos 13 niños y niñas, que es con quienes me encuentro de modo sistemático, también forman parte del grupo otros chicos y chicas, de forma más esporádica, que a veces se suman a nuestras charlas, actividades y recorridos: novios, amigos, o familiares que se acercan cada tanto y con quienes tengo un vínculo menos cotidiano.

Es con este grupo de adolescentes con quienes, a veces todos juntos, a veces las dos grupalidades por separado, vengo realizando trabajo de campo desde el 2019. Desde ese entonces hasta hoy, la villa sufrió muchas y diversas transformaciones en su paisaje y en su infraestructura, a causa del ya mencionado proceso de urbanización que desde el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (en adelante GCBA) se viene impulsando desde el 2016. Entre esas transformaciones, quizás la más importante –y sin dudas, la que más recuperan los niños y niñas cuando conversamos acerca de los cambios en la villa– fue el desalojo de 100 familias que vivían debajo de la autopista Illia, que pasa por encima del barrio. El motivo por dicho desalojo fue que era considerado peligroso que vivieran bajo la autopista. Las casas de esas familias fueron demolidas –en un proceso complejo y no poco conflictivo, que no abordaremos en este artículo–, y hasta el día de hoy todavía quedan escombros de ladrillo y cemento, o el resabio de alguna fachada, en ciertos sectores debajo de la autopista. Muchas de esas familias fueron relocalizadas en unas nuevas viviendas que el GCBA construyó en un sector previamente ocupado por containers, en un extremo de la villa. Junto con esas nuevas viviendas, el gobierno también construyó un edificio para el Ministerio de Educación de la Ciudad –que previamente se encontraba en otro lugar– hacia ese mismo sector, amplió la calle Carlos H. Perette, sobre la que se encuentra el edificio, y modificó el recorrido de algunos colectivos urbanos para que pudieran ingresar hasta esa zona.

Figura 2. Imagen satelital, año 2017, de terreno del nuevo sector de viviendas, antes de la construcción. Fuente: Google Earth.



Estas transformaciones no pasaron desapercibidas para los adolescentes, muy por el contrario, tuvieron un impacto profundo en sus vidas cotidianas. A continuación, presentamos un análisis de dichas transformaciones. En un primer momento analizamos una contradicción que emerge, sobre todo en los adolescentes varones, entre lo que hemos definido como el espacio de *la villa* y el espacio de *el barrio*. Luego, matizamos dicha dicotomía, a partir de las experiencias de las adolescentes mujeres, quienes, por el contrario, encuentran en las transformaciones territoriales un espacio fértil que les permite mayor movilidad espacial y habilita otras formas de apropiación del espacio que antes les estaban vedadas.

4. La villa contra el barrio y los afectos villeros

Es un día de verano y calor intenso, así que fuimos con Gabi, Pedro, Paola, Bauti y Viole a tomar helado a Vibo, una heladería que queda sobre Perette y que pareciera que es una novedad en el barrio. Les compro un cono a cada uno, y cuando salimos, empezamos a caminar y les pregunto a dónde quieren ir a tomarlo. “Podemos ir a cancha 7” dice Pedro “una que queda en el fondo”. Desde hace varias visitas que me están haciendo un tour por diferentes canchas. Les digo que sí, así que empezamos a caminar por Perette. Dejo que ellos elijan el camino, va Pedro adelante con Gabi, agarrados de la mano, y yo voy más atrás, hablando con Viole. Yendo todo derecho por Carlos H. Perette, pasamos el Ministerio de Educación y llegamos a la zona de las nuevas viviendas. “¿Por dónde vamos?” les pregunto, y Bauti dice “por allá, por las nuevas viviendas, como fuimos la otra vez”. “No, por allá no, vamos por la villa”, le respondió Pedro, y giramos hacia la izquierda, y nos adentramos en las calles menos asfaltadas y las casas de ladrillo pintado de la 31.

Registro de campo, enero 2023.

Esta fue una de las primeras veces que escuché a los adolescentes establecer una diferencia entre *la villa*, o lo que ellos consideran villa, y ese otro gran sector que había sido, algunos años atrás, construido por el GCBA, en donde se erigen las nuevas viviendas y el Ministerio de Educación. El hecho de que, al llegar al edificio del Ministerio y tener la opción de ir hacia la derecha y seguir por Perette o ir hacia la izquierda y agarrar otra calle, Pedro dijera “no, vamos por la villa”, implica que él no considera que lo otro sea villa, sino que es otra cosa. A su vez, también es indicador de que para él lo mejor era seguir por la villa, y no salirse de ese territorio hacia ese lugar otro, diferente y no-villa.

A ese sector los adolescentes le llaman *las viviendas*, un derivado de decirle “las viviendas nuevas”. Todos los sectores del barrio tienen nombre propio (Playón, Ferroviario, Barrio Chino, Güemes, Cristo Obrero, por mencionar los que emergen con más fuerza en las conversaciones con los adolescentes), son una suerte de “sub-barrios”, como una vez me dijo Bauti, adentro de la villa, casi como si la villa fuera una ciudad en sí misma. Sin embargo, *las viviendas* no refiere a un nombre propio, sino que es una descripción de lo que son, marcando una diferencia con todo lo otro, que, si bien también es vivienda, es más bien, villa.

Por otro lado, *las viviendas* son muy diferentes al resto de la villa. En el sector de *las viviendas* hay, durante buena parte del día, tránsito de personas que no viven en la villa, sino que van a trabajar al Ministerio de Educación. Esto genera una espacialidad de tránsito, y las calles lindantes al Ministerio son utilizadas sobre todo para entrar y salir de él, y no tanto para ser habitadas por personas. Por otro lado, infraestructuralmente, las casas son bien distintas. Están hechas con una técnica de construcción llamada Steel Frame (una estructura de acero que sirve de base sobre la que se construyen los pisos y paredes), y varios son edificios de tres o cuatro pisos con múltiples departamentos por piso. En las plantas baja a la calle de los edificios hay lugar para locales comerciales. Algo que resalta de dicho sector es que está diseñado como una cuadrícula, con calles para los autos y veredas para los transeúntes, hecho que contrasta con el resto de la trama urbana villera que no es el producto de una planificación externa si no de la autoproducción del hábitat de sus habitantes, resultando en calles que zigzaguean y pasillos estrechos, sin diferenciación entre veredas y calles, por lo que personas, autos y locales todos comparten un mismo espacio. Las casas son de ladrillo, algunas al aire, otras con revoque (pintado o no) y tienen escaleras caracol en su parte externa, desde las que se accede a los diferentes pisos de las estructuras. Son viviendas más bien estrechas y diferentes entre sí, puesto que fueron construidas por diferentes personas a lo largo del tiempo.

La diferencia entre el sector de las nuevas viviendas y el resto de la trama apareció también en otro momento, cuando estábamos hablando con varixs adolescentes en torno a esas mismas nuevas viviendas y yo me referí la villa como “el barrio”, a lo que Joan (17 años), me interrumpió para decir: “A mí no me gusta cuando le dicen barrio a acá, esto no es un barrio, esto es una villa, es distinto. Barrio es como todos los otros, que es lo que lo quieren hacer, lo quieren hacer igual a los otros, pero esto es una villa, a mí me gusta así como está”. Cuando le pregunté quienes quieren hacer eso, su respuesta fue: “los del gobierno, ellos quieren, pero esto nació villa y muere villa”.

En ambas conversaciones con Pedro y Joan aparece un conflicto entre lo que ellos consideran *villa* y aquello *no-villa*, que aparece más específicamente como *barrio* en las palabras de Joan. También emerge, en ambos casos, una valoración positiva de la villa y una negativa del barrio (o lo no villa), sutil en el intercambio con Pedro (expresado en su deseo de seguir por la villa) y más explícito en el caso de Joan.

Heather Love en *Feeling Backward. Loss and the Politics of Queer History* (2009), reflexiona acerca de las contradicciones que recorren a los movimientos sociales que nacen en torno a un daño o una herida primigenia, y los modos en que dicho daño permanece en el presente. Si bien lo hace pensando en el movimiento queer norteamericano, su desarrollo resulta relevante para dialogar con lo que les ocurre a los adolescentes

–varones, especificidad que abordaremos más adelante– y los contrastes villa/barrio. Dice Love que “para grupos constituidos por la injuria histórica, el desafío es comprometerse con el pasado sin llegar a ser destruidos por éste” (Love, 2009:1, traducción). Love utiliza la expresión “feeling backward”, posible de ser traducida como “sentirse rezagado”, para hablar de los modos en que los movimientos miran hacia atrás, hacia un pasado tortuoso, angustiante y doloroso que los produjo y que los acompaña en un presente en el que se encuentran en la disyuntiva entre quedarse rezagados o abandonar ese dolor e ir hacia un futuro alegre. En palabras de la autora: “Enfrentan una extraña elección: ¿es mejor moverse hacia un futuro luminoso o quedarse atrás y aferrarse a un pasado? Estas adhesiones divididas resultan en sentimientos contradictorios: orgullo y vergüenza, anticipación y arrepentimiento, esperanza y desesperación.” (Love, 2009:27, traducción).

Love –siguiendo a Chakrabarty– expresa una preocupación por las propuestas de la Modernidad, la cual invita a ingresar en ella a ciertas comunidades y sujetos, siempre y cuando dejen atrás, en el pasado, los sentimientos de daño y las heridas que han sufrido. Se trata, en definitiva, del imperativo de la felicidad capitalista y liberal que sitúa el optimismo antes de todo y borra los rastros del pasado que interpelan y cuestionan ese ideal de felicidad. Algo de esto, creemos, aparece en los intentos permanentes del Gobierno de la Ciudad por integrar a la villa a la trama urbana (o a la modernidad), insistiendo en que deje atrás su identidad de villa y abrace la de barrio. Esto aparece sistemáticamente en las formas en las que el Gobierno de la Ciudad se refiere a la 31 como “barrio 31”, “Barrio Mugica” o “ex villa 31” en sus comunicaciones oficiales, tanto dentro de la villa (via propaganda y carteles), como en redes sociales. Esto parecería una invitación a abandonar la identidad de villa y pasar a ser “un barrio más” de la Ciudad de Buenos Aires, dejando atrás la estigmatización y la marginalidad, pero también los largos años de historia, lucha y daño que hacen y emergen cuando usamos la palabra villa. De este modo, no se trata únicamente de una integración, sino más bien de una asimilación moral (Seoane en Muñoz, 2020) en donde lo que se pretende es borrar del espacio público aquellas marcas y prácticas “rezagadas” que quedan por fuera del ideal de la modernidad. Además de la construcción de viviendas y la relocalización de familias allí, otras formas de urbanizar el barrio por parte del GCBA han sido la apertura de un banco privado y de un local de comida rápida en la zona, así como también, que quienes fueron relocalizados empezaron a pagar expensas y servicios. Por otro lado, los adolescentes han mencionado en más de una ocasión que pronto habrá medidores del consumo de agua y luz en las casas, para que empiecen a pagar por los servicios que utilizan. En base a esto, podemos sospechar que la integración que proponen desde el GCBA para quienes habitan la 31 es una integración desde el ser consumidores más que ciudadanos, o más bien, que la ciudadanía, desde la perspectiva del GCBA está mediada por la posibilidad de consumo. Esto choca con las formas de habitar el territorio que los adolescentes tienen, o recuerdan haber tenido en algún momento, antes de la urbanización: “a mi no me gusta como están las viviendas ahora, me gustaba más antes, era todo container eso, y yo iba a jugar ahí, me subía y jugaba”, me contó Joan un día. Aparece una añoranza a aquello que era la villa y que ya no lo es más, a raíz de la intervención del Gobierno de la Ciudad, y la transformación en barrio.

Emerge, entonces, en el discurso de los adolescentes –sobre todo varones– un rechazo al discurso asociado al Gobierno de la Ciudad por hacer que la villa deje serlo y sea un barrio más de Buenos Aires. Así, aparece también una exaltación de aquellas cosas que diferencian a la villa de la ciudad formal: “esto es la villa... acá se vende, se alquila, se empeña, todo ilegal, no pasa nada”, me dijo una vez Joan, inflando el pecho de orgullo. Aquellas características que los adolescentes rescatan como positivas de vivir donde viven no encuentran representación en los modos de narrar que produce el GCBA, muy por el contrario, dichos modos de narrar generan rechazo entre los adolescentes, que permanentemente buscan rescatar precisamente aquello que por parte del GCBA se busca borrar: lo ilegal, lo irregular, lo informal.

Estamos charlando, en el local de la organización, con varios de los adolescentes, y les pregunto sobre algunos carteles que vi recientemente que dicen “Programa de mejoramiento de viviendas”. Estamos sentados alrededor de una mesa, y algunos de ellos están más alejados, jugando con el celular. “Es un programa que te ponen medidor de agua, de luz...” dice Valen. “Y qué hacen esos medidores?” les pregunto. “Es para que empecemos a pagar” dice el Santi desde lejos. “Te miden lo que usas entonces después te cobran”. “Ah, ¿ahora no pagan?” “No, qué vamos a pagar. Tan todos colgados acá”, dice Joan. “Ustedes quieren empezar a pagar?” pregunto. “¡No, ni ahí!” dicen Joan y Santi casi al unísono. “A mi no me parece mal” dice Bauti “que paguemos por lo que usamos”. “Pero vos estás re loco” le dice Joan, “como va a ser mejor que paguemos, mejor no pagar”.

Registro de campo, septiembre 2023.

Aubán Borrell (2017), retomando a Deleuze y Guattari, propone que “(.) La ciudad se convierte en una constatación de la disputa entre las fuerzas de lo liso y de lo estriado. Pese a todas las normas que los técnicos y los planificadores puedan pensar para la ciudad, siempre habrá en lo urbano algo que se escape, algo capaz de resistir a la normalización impuesta”. En este sentido, consideramos que lo que está implícito en la narrativa de los adolescentes respecto de la villa y el barrio, es justamente la capacidad de apropiación y producción del espacio que ellos tienen en las dos formas de espacialidad diferentes que se produjeron a partir de la intervención del GCBA en la territorialidad barrial. Son las posibilidades de escape a la planificación, y, por ende, de creatividad urbana que existen en el espacio, y que se van desvaneciendo conforme se acercan a *las viviendas*, y conforme va emergiendo el barrio por sobre la villa.

Proponemos que surgen, entonces, dos categorías en tensión. *Lo villa*, por un lado, y *lo barrio*, por el otro, representado esencialmente en *las viviendas* en tanto sector físico, pero yendo también más allá de ellas. *Lo barrio* se les aparece a los adolescentes como representación de la propuesta de ordenamiento y

normalización del espacio urbano, que los deja sin posibilidades de intervenir y marcar el espacio. *Lo villa* se transforma en espacio vivido para los adolescentes, en términos de Lefebvre (2013), el espacio que permite que los adolescentes lo produzcan, frente al carácter planificado y normalizador de *lo barrio*, un espacio menos laxo y con menos posibilidades de construcción para ellos. En esta reflexión, tanto *lo villa* como *lo barrio*, no refieren a espacios físicos específicos –es decir, no refieren a las viviendas nuevas o a otros sectores no urbanizados– sino más bien a formas en tensión de habitar y estar en el espacio urbano por parte de los sujetos que lo transitan y viven.

Sin embargo, cuando conversé con las adolescentes acerca de las viviendas nuevas y las transformaciones realizadas por el GCBA, cuando caminé con ellas por el barrio, aparecieron algunos matices en torno a la diferenciación villa/barrio que proponían los varones.

Estamos con Paola, Viole, Ramo y Caro sentadas debajo de la autopista, tomando una coca fría y comiendo papas. Compartimos las cinco un banco, porque las mesas que hay están ocupadas, y además tienen sólo cuatro asientos. Les pregunto si se acuerdan cómo era esa zona antes, y me dicen que sí.

Caro: “Eran así pasillos chicos y era el sector donde más gente vivía... eran así como esa que esta allá viste” y señala una casa que esta del otro lado de la autopista que esta toda llena de lonas en el exterior, y se nota que es bastante más precaria que las que están a su alrededor. “Y eran todas casas así pegadas y caminabas por ahí y no se veía el sol... no sabías si era de noche o de día... cuando caminabas por esos pasillos porque estaba todo muy cerrado. Antes era más peligroso, no podías estar así como estamos nosotros ahora... si te roban ahora los ves, porque esta todo más abierto... antes no, ahora hay más verde y es más lindo”

Ramo: “a mí me daba miedo venir por acá antes... ahora no”

Registro de campo, diciembre 2023

A diferencia de los varones, que recuperan con orgullo *lo villa* y no les gusta sentir que está retrocediendo frente a *lo barrio*, en las palabras de las chicas se escucha cierto sentimiento de seguridad, en contraste con el sentimiento de miedo que les daban antes algunas zonas. De este modo, observamos que existe una diferencia, basada en el género, en torno a las formas de apropiación del territorio. Mientras que para los varones hay una espacialidad que les permite creatividad urbana que se ve amenazada frente a las intervenciones del GCBA, con las niñas no ocurre lo mismo. Para ellas, habitar el barrio es más fácil luego de las transformaciones ocurridas por el proceso de urbanización, ya que su experiencia urbana de lo que solía ser la villa y lo que es ahora es diferente a la de los varones. Sin embargo, no es únicamente la emoción del miedo la que prima en torno a los usos del espacio público entre las niñas. En otra oportunidad también emergió este contraste vinculado a las intervenciones llevadas adelante por el GCBA:

Estamos alrededor de una mesa con Eva, Male, Bauti y Cami, y les estoy mostrando que en GoogleMaps se pueden ver imágenes de años anteriores de cómo era el barrio. Están los cuatro mirando mi celular, viendo fotos del barrio del año 2017, de cuando todavía no habían demolido las casas de debajo de la autopista. “Mira” dice Male, riéndose, “se acuerdan de ese pasillo que cruzaba por ahí, era re oscuro, era horrible”. “Uuuuuh, sí” agrega Eva, con cierta emoción, “nosotros pasábamos por ahí para ir a nuestras casas pero era re turbio, estabas regalado. De noche no se podía”. “¿Por qué? ¿cómo era?” pregunto. “Era así todo chiquito y estaba re oscuro, no sabes lo que era, cuando pasabas por ahí y por abajo de la autopista, era peligroso, te re robaban ahí, ¿te acordás, Eva?” dice Male y Eva asiente.

Registro de campo, diciembre 2023

Nuevamente aparece la peligrosidad asociada al espacio *villa*, sin embargo, en el caso de Male y Eva, a diferencia del pasaje anterior, no es la emoción del miedo la que se desprende de ese peligro, sino más bien cierta nostalgia de aquel peligro. No recuperan elementos positivos de la actualidad de ese espacio, sino que sólo recuerdan, hasta con cierta diversión y picardía, lo peligroso que era antes de las intervenciones del GCBA.

Kern (2019) y muchas otras autoras desde las perspectivas de estudios urbanos o geografías feministas (Soto Villagrán, 2018; Rodó-de-Zárate, Estivill i Castany, y Eizagirre, 2019; Pérez Sanz y Gregorio Gil, 2020) plantean que todas aquellas personas que no son varones adultos blancos tienen limitada su movilidad urbana y su capacidad de ocupar espacios, porque las ciudades, en definitiva, no están hechas para ellas. Pérez Sanz (2023) propone, en este sentido, que existe una dimensión subjetiva de la injusticia espacial que va más allá de los efectos de la espacialización de la acumulación capitalista en términos de desigualdades de clase, y que involucran la vivencia de género en relación con el espacio. Así, el androcentrismo del espacio no es ajeno a la forma en la que las villas están producidas, y algo de este se expresa en la diferencia en la que las y los adolescentes se sienten respecto del procesos de urbanización y sus consecuencias. Sin embargo, también resulta interesante que si bien para algunas de las niñas la peligrosidad está directamente asociada a la emoción del miedo, para otras, si bien reconocen la existencia de ese peligro en el espacio de la *villa*, no se escucha miedo en sus palabras, sino hasta cierta diversión en ese peligro.

5. Conclusiones

Durante mi trabajo de campo pude registrar múltiples instancias en las que los y las adolescentes de la villa 31 se vinculaban afectivamente con el barrio, afirmando que les gustaba vivir ahí y no vivirían en otro lado, o resaltando su pertenencia villera. Otras veces, este cariño hacia el barrio aparecía en forma de pregunta en búsqueda de confirmación: “Es re-lindo por acá, ¿o no? Es muy lindo, ¿a vos te gusta? A mí me gusta mucho, es como un lugar antiguo” me dijo una vez Bauti mientras caminábamos por la villa.

Los y las adolescentes sienten afecto y cariño hacia la villa y hacia su materialidad, hacia sus ladrillos, hacia los alambres, los carteles, las calles, el pasto sintético de la cancha, las escaleras caracol. Sospechamos que sienten ese afecto hacia la dimensión material del barrio porque ellos mismos han participado de la producción de ese hábitat. Muchos de los y las adolescentes han participado de la construcción de sus viviendas o fueron testigos del trabajo de sus familias en ello, y sus historias de vida se encuentran marcadas por esa participación en la autoproducción del lugar en el que viven. A diferencia de lo que ocurre en el resto de la ciudad, en donde la producción material de los lugares que habitamos cotidianamente está más en manos de otros que en las propias, en la villa 31 son los mismos habitantes quienes han construido el barrio y lo producen, y eso involucra a los niños y adolescentes que allí viven.

En este artículo hemos intentado dar cuenta de los modos en los que las intervenciones territoriales por parte del Gobierno de la Ciudad impactan en la vida cotidiana de los niños y adolescentes con los que venimos trabajando, específicamente, en la relación afectiva que construyen con el barrio y las formas de apropiación territorial que se habilitan o inhabilitan a partir de dichas intervenciones. Sara Ahmed (2004) plantea que conocemos el mundo, en parte, a partir de las emociones que nos genera. Los niños y niñas de la villa 31 construyen diferentes espacialidades en el barrio a partir de la relación afectiva que tienen con él, y los efectos que el proceso de urbanización tiene en ella. Esto se ve influenciado por su propia historia en el barrio y también por las experiencias de género y las formas en las que estas impactan en los modos en los que niños y niñas habitan –diferencialmente– el espacio de la villa.

6. Referencias bibliográficas

- Ahmed, S. (2004). *La política cultural de las emociones*. Traficantes de Sueños.
- Aubán Borrell, M. (2017). La dignidad de los márgenes. Aproximaciones afectivas a la ciudad informal. *Revista INVI*, 32(91), 67-89.
- Aubán Borrell, M. (2021). *Memorias de la ciudad sin historia: la importancia de los afectos en la construcción y en las vivencias del barrio de La Mina*.
- Balbi, F. A. (2012). La integración dinámica de las perspectivas nativas en la investigación etnográfica. *Intersecciones en antropología*, 13(2), 485-499.
- Capalbo, T. (2023). *¿Qué producen los dispositivos participativos en las villas? Conflicto y participación en la “integración social y urbana” del Barrio Mugica, Buenos Aires (2016-2021)*. Tesis de maestría, Universidad de Buenos Aires.
- Carrión, C. M., y Vainstoc, A. (1987). *La ciudad y los niños*. Centro de Investigaciones CIUDAD.
- De Certeau, M. (1980). *La invención de lo cotidiano, I*. Iberoamericana.
- Díaz, M. P., y L’Huillier, F. J. (2023). *Un estudio sobre la política de reurbanización de villas en la ciudad de Buenos Aires: la integración sociourbana bajo reflexión*.
- Fernández Álvarez, M. I., Gaztañaga, J., y Quirós, J. (2017). La política como proceso vivo: diálogos etnográficos y un experimento de encuentro conceptual. *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, 62(231), 277-304.
- Freidenraij, C. (2020). *La niñez desviada: La tutela estatal de niños pobres, huérfanos y delincuentes. Buenos Aires 1890-1919*. Editorial Biblos.
- García Palacios, M. (2012). *Religión y etnicidad en las experiencias formativas de los niños y niñas de un barrio toba de Buenos Aires*. Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires.
- García Palacios, M. y Hecht, A. C. (2009). Los niños como interlocutores en la investigación antropológica. Consideraciones a partir de un taller de memorias con niños y niñas indígenas. *Tellus*, 17(9), 163-186
- Garibotti, M. B., Girola, M. F., y Borocconi, L. (2017). *Ciudadanía y hábitat en la ciudad de Buenos Aires desde una perspectiva etnográfica*.
- Guber, R. (2019). *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Siglo XXI editores.
- Gülgönen, T., y Corona, Y. (2016). Espacio urbano, ciudadanía e infancia: apuntes para pensar la integración de los niños en la ciudad. En Ramírez Kuri, P. (coord.), *La reinversión del espacio público en la ciudad fragmentada* (pp. 409-438). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Holloway, S. L., y Valentine, G. (2000). Spatiality and the new social studies of childhood. *Sociology*, 34(4), 763-783.
- Kern, L. (2019). *Ciudad feminista. La lucha por el espacio en un mundo diseñado por hombres*. Ediciones Godot.
- Laborde, S. (2021). Hacer ciudad y ciudadanía en la “Buenos Aires blanca”. *Encrucijadas: Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 21(1), 10.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing Libros.
- Lindón, A. (2015). Del espacio público de las hexis corporales al de las afectividades brumosas y no discursivas. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, (17), 8-19.
- Love, H. (2009). *Feeling backward: Loss and the politics of queer history*. Harvard University Press.
- Macón, C. (2013). Sentimus ergo sumus. El surgimiento del “giro afectivo” y su impacto sobre la filosofía política. *Revista Latinoamericana de Filosofía Política*, 2(6), 1-32.
- Muñoz, J. E. (2020). *Utopía queer: El entonces y allí de la futuridad antinormativa*. Caja Negra.

- Ons, M. (2018). La ley de urbanización de la Villa 31-31bis en la Ciudad de Buenos Aires. El debate parlamentario y público en torno a su sanción y aplicación (2007-2015). *Quid 16: Revista del Área de Estudios Urbanos*, (9), 184-196.
- Pérez Sanz, P., y Gregorio Gil, C. (2020). El derecho a la ciudad desde la etnografía feminista: politizar emociones y resistencias en el espacio urbano. *Revista Invi*, 35(99), 1-33.
- Pérez Sanz, P. (2023). "Me sentía en el fin del mundo". Mujeres y subjetividades de la injusticia espacial. *Bitácora Urbana Territorial*, 33 (2): 199-209. <https://doi.org/10.15446/bitacora.v33n2.105721>
- Rockwell, E. (2009). *La experiencia etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos*. Buenos Aires: Paidós.
- Rodó-de-Zárate, M., Estivill i Castany, J., y Eizagirre, N. (2019). La configuración y las consecuencias del miedo en el espacio público desde la perspectiva de género. *REIS: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (167), 89-105.
- Segura, R. (2015). *Vivir afuera: antropología de la experiencia urbana*. Universidad Nacional de San Martín.
- Shabel, P. (2018). "Estamos luchando por lo nuestro". *Construcciones de conocimiento sobre la política de niños y niñas en organizaciones sociales*. Tesis de doctorado. Universidad de Buenos Aires.
- Snitcofsky, V. L. (2018). *La erradicación de villas en la ciudad de Buenos Aires: características específicas y contexto general (1976-1983)*. Tesis de doctorado. Universidad de Buenos Aires.
- Soto Villagrán, P. (2018). Hacia la construcción de unas geografías de género de la ciudad. Formas plurales de habitar y significar los espacios urbanos en Latinoamérica. *Perspectiva Geográfica*, 23(2).
- Szulc, A. (2006) "Antropología y Niñez: de la omisión a las 'culturas infantiles'". En: Wilde, Guillermo y Pablo Schamber (eds.) *Cultura, comunidades y procesos contemporáneos*. Buenos Aires: Editorial SB.
- Szulc, A. (2007). *Encrucijadas identitarias: Representaciones de y sobre niños mapuche del Neuquén*. Tesis de doctorado. Universidad de Buenos Aires.
- Szulc, A. (2019). Más allá de la agencia y las culturas infantiles: Reflexiones a partir de una investigación etnográfica con niños y niñas mapuche. *Runa*, 40(1), 53-64.
- Thomasz, A. G., y Girola, M. F. (2016). *Una exploración antropológica sobre la problemática de la ciudadanía en el conjunto habitacional de Piedrabuena (Ciudad de Buenos Aires, Argentina)*.